

EL RAMILLETE DEL AMOR*



J. D. NASIO

LAS 12 FLORES DEL RAMILLETE DEL AMOR

- *Deseo sexual*
 - *Fantasia*
 - *Admiración*
 - *Narcisismo*
- *Amor a uno mismo*
 - *Satisfacción - Frustración*
 - *Culpabilidad*
- *Cuidar al amor*
 - *Consolar*
 - *Miedo de ser abandonado*
- *Celos*
 - *Dependencia*

El amor es un tema universal que siempre ha sido y seguirá siendo un enigma. Sin embargo, hoy me gustaría olvidar esta afirmación y proponerles un nuevo enfoque del **amor en pareja**, tal como lo vivimos todos los días.

*

Hace poco, una joven terapeuta me planteó el problema de un paciente preocupado por saber si estaba enamorado o no de su compañera. Le

* Este texto es un complemento del video titulado "*El ramillete del amor*" que usted puede ver en YouTube.

contesté que el amor no era un sentimiento puro, sino una mezcla de sentimientos y que para saber si se está enamorado, había que reconocerse en la mayor parte de las emociones que lo componen. De pronto, me vino la idea de pensar el amor como un ramillete de flores. Efectivamente, el amor sería un hermoso ramo sostenido por una mano, la misma mano del luminoso cuadro de Picasso “*Manos con flores*”. Así fue como se me impuso la expresión **Ramillete del amor**. Un manojillo formado por una docena de tallos que representan, cada uno, un impulso amoroso. Querría entonces describirles detalladamente, uno a uno, los distintos componentes del amor.

Pero ante todo debo definir la mano que sostiene el ramillete o, si prefieren, proponerles una definición general del amor que valga para todas las flores.

¿Qué es, pues, el amor? El amor es por esencia un apego, el más visceral de los apegos con la persona que me promete, por el solo encanto de su presencia, hacerme plenamente feliz. Amo aquel o aquella que me hace creer, sin ninguna intención de engañarme, que con él y con él sólo tendré una vida colmada de satisfacciones. Por supuesto, sé que nadie en el mundo podrá jamás procurarme la dicha suprema, y sin embargo no dejo de apegarme a él y de hacer todo para que él responda a mi espera. Justamente, el amor es esta

espera ilusoria y activa. Lo repito. El amor es ante todo una espera, una ilusión, la esperanza inocente de una felicidad que, sin embargo, sabemos imposible. Digámoslo de otro modo. Amar no es la culminación de un trayecto, sino más bien un avance, un caminar hacia adelante que nos acerca a un ideal inaccesible, una sucesión de actos y de gestos animados por la ilusión de alcanzar una felicidad que no llega nunca. En una palabra, *yo amo a aquel que, por la sola magia de su persona, me hace creer en la felicidad.*

El enamorado, dirigiéndose a su pareja, le declararía: *mientras espero la felicidad, soy feliz pero también, a veces, infeliz por amarte. A pesar de*

nuestras inevitables riñas, te amo profundamente esperando que algún día, realizarás tu promesa de darme lo que me falta. Y, yo también, te confirmo la esperanza de que algún día cumpla mi promesa de darte lo que te falta.

Y es así, sin que nunca se cumplan las promesas y sin que nunca llegue la felicidad soñada, que somos felices e infelices por amar, que nuestros cuerpos se unen, que nuestros hijos nacen y que una familia se funda. Sin duda, nuestras ilusiones son inmateriales pero son también una fuente rebosante de vida. Gracias a lo virtual, engendramos lo real. Del no ser, engendramos el ser.

*

Acabo de definir el amor como una **ilusión**. Sin embargo, debo definirlo también como una **necesidad**. Para explicarme, trazaré una línea oblicua que parte del suelo y sube al cielo. Si pensamos que el amor es una ilusión, lo definimos como un movimiento ascendente que aspira a la felicidad ; fue mi definición inicial. Si, en cambio, pensamos que el amor es una necesidad, lo definimos según su origen corporal como un estallido de emoción. En otros términos, la emoción amorosa es la manifestación sentimental de la necesidad física de apego. Resumido en una frase: *yo no puedo impedir unirme a alguien y amarlo, yo no puedo no amar. Necesito amar*. Nuestro cuerpo está

hambriento de otro cuerpo, y nuestra alma sedienta de otra alma. Pequeño niño inmaduro, todos hemos sido naturalmente obligados a unirnos y depender de nuestra madre. Y desde entonces, somos proclives a unirnos con aquel o con aquella que nos atrae y nos promete la felicidad. Como si estuviésemos movidos por una sana pulsión de parasitismo, por una irresistible tendencia a apoderarnos de un hombre o de una mujer, conferirle el poder de hacernos felices, pegarnos fuertemente a él y derramarle nuestro torrente de amor. Esta necesidad que nos empuja a elegir a una persona que se deja querer y que nosotros dejamos que nos quiera, la llamo : *pulsión de amar* o más poéticamente “*amancia*”.

En este vocablo “*amancia*”, condenso las palabras “amar” y “tendencia” para designar la fuerza que nos precipita en los brazos del otro elegido hasta apegarnos a él durablemente.

*

Una vez definido el amor como **ilusión** y como **necesidad**, vamos entonces a identificar cada flor del ramo, quiero decir cada uno de los doce impulsos que componen el sentimiento amoroso.

*

Deseo sexual

- Primera flor del ramo, la más importante de todas : la sexualidad, el deseo sexual. Digo “la más importante de todas” porque sin sexo, el amor de la pareja se convierte en ternura, amistad o fraternidad. En cambio, con el sexo, el amor de la pareja se enciende, vibra de pasión y se consolida.

En los momentos más excitantes del encuentro sexual, el hombre enamorado le declararía así su ardor a su pareja: *si mi cuerpo pudiese gritar, proferiría: estoy loco por ti, me quemo por poseerte.* Y, en eco, el cuerpo de la amada replicaría : *quiero no solamente de que me poseas sino, más allá,*

quiero fundirme en ti. Y el hombre continuaría: *¡absolutamente! Más que satisfacerme sencillamente con un orgasmo, sería más feliz todavía si tú llegases a la cima de tu goce y así, nos sentiríamos dos en uno.* Para el hombre y el mujer, desear sexualmente es más que desear el placer de un orgasmo, es ante todo excitarse mutuamente, jugar, reír juntos en el torbellino de nuestras sensaciones, hasta olvidarnos de ser nosotros mismos.

Fantasía

- Segunda flor del ramo: mi amado es una fantasía. *Yo lo amo no*

sólo por lo que es, sino también por lo que imagino que es. Amamos y, amando, forjamos el ser que amamos. *Amamos únicamente aquello que creamos.* Es por ello que nuestro amado resulta ser una mezcla de realidad y de ficción, una creatura híbrida, mitad real, mitad fantaseada.

Admiración

- Tercera flor del ramo: la admiración. No puedo estar enamorado de alguien que no idealizo. *Admiro a aquel que amo*, sea cual sea su dominio de excelencia. Lo puedo admirar, por ejemplo, por su jovialidad, apreciada a su vez por

todos, o por sus cualidades como padre, o incluso por sus talentos culinarios. “*¡Mi compañero es un auténtico chef. Tiene el arte como nadie para preparar el pato a la naranja!*” O bien “*¡Mi compañera es una empresaria excepcional!*”. En definitiva, sin admiración, no puede haber amor.

Narcisismo

- Cuarta flor del ramo: el narcisismo. *Amo a aquel que es un poco yo mismo. Nada más verlo, lo elegí sin darme cuenta que se me parecía por ciertos rasgos de su personalidad, aunque era evidente*

que teníamos caracteres diametralmente opuestos. ¡Si soy una mujer, a veces me ocurre que escojo y amo a un hombre que, en los más íntimo de su ser, se parece más a mi madre que a mí misma! Pero en todos los casos, incontestablemente, yo amo aquel que posee algo de mí.

Amor a uno mismo

- Quinta flor del ramo: el amor a uno mismo. Sin duda, el amor hacia el otro y viniendo del otro alimenta el amor a uno mismo. Por eso, *amo a aquel que me hace feliz de ser yo mismo y que yo hago feliz de ser él mismo.* ¡Qué bella definición de la

amistad! En efecto, ¿qué es la amistad en una pareja, sino compartir proyectos y momentos tranquilos teniendo la dicha de ser uno mismo en presencia del otro? Ser amigos, es también una manera de querer y de quererse.

Satisfacción-Frustración

- La sexta flor del ramo es una rosa con espinas. Es la diada satisfacción-frustración. *Amo al que a veces me satisface, y a veces me frustra.* Mi amado me satisface y, sin embargo, por el mero hecho de ser distinto, me limita, refrena mis deseos, me frustra y me hace sufrir. Él es la más satisfactoria de las parejas, pero

también la más frustrante. Indudablemente, mi amado es un genio con dos caras que me da alas y me las corta a la vez. Es por ello que yo siento siempre por él **una deliciosa y dolorosa ambivalencia.**

Culpabilidad

- La séptima flor del ramo tiene igualmente espinas: la culpabilidad. *Amo a aquel por el que me sentiría culpable si le hiciese daño o si pensase en hacerle daño.* Sentirme culpable ante mi amado es uno de los signos más seguros que atestiguan que estoy enamorado.

Cuidar al amor

- La octava flor del ramo es el cuidado del otro. El amor tierno es siempre un bálsamo que calma las penas. Todo enamorado cuida de su pareja cuando ésta atraviesa un momento difícil, se siente débil o enferma; y, reciprocamente, se siente amado cuando su pareja cuida de él. Cuidar al otro es precisamente la atención cariñosa y preocupada por el que amamos y, aún más, la atención por el vínculo que nos une. Cuidar al otro y cuidar la pareja, es una delicada fidelidad al amor mismo. Por eso, diremos: *amo al que cuido y me cuida, pero aún más, amo el amor que nos une.*

Consolar

- Novena flor del ramo: el consolar. *Amo al que escucha mis quejas y calma mi angustia.* Mi compañero o mi compañera sabe decir la palabra que consuela y reconforta cuando hace falta, pero sabe también callarse cuando la palabra está demas. En este caso, yo vivo el silencio como una presencia de ternura envolvente.

Miedo de ser abandonado

- La décima flor del ramo es también una rosa con espinas: es el miedo de ser dejado. *Cuando amo*

verdaderamente, es fatal tener miedo que mi amado me deje. Si no siento este temor, por más fugitivo que sea, no estoy enamorado. El miedo al abandono es intrínseco al amor : cuanto más amo y más feliz estoy de amar, más miedo le tengo al desgarró que significarían ruptura y soledad.

Celos

- La undécima flor del ramo también tiene espinas: los celos. *Amo a aquel que me vuelve celoso.* Los celos, aunque sean a veces devastadores, son un sentimiento inevitable en la pareja, ya que no hay amor sin celos. ¿Por qué? Porque el amor es naturalmente

posesivo y el enamorado siempre exige la exclusividad absoluta del amor. Podemos entonces definir los celos como el sobresalto de nuestra humana tendencia a poseer y controlar aquello que amamos.

Dependencia

- Duodécima y última flor del ramo: la dependencia. *Amo a aquel del que yo dependo*. Contrariamente a la idea que preconiza la autonomía de cada uno en la pareja, nosotros creemos que **no hay amor sin dependencia**. Si el amor es apego, la dependencia es su cemento. ¿Pero qué dependencia? Podemmos distinguir dos

tipos de dependencia amorosa. Una dependencia nociva cuando el enamorado tiene horror de sentirse encerrado en su pareja y perder su libertad. Cree que depender del otro es someterse al otro, que la dependencia infantiliza y que depender es darle al otro el poder de abusar de la confianza y de ser traicionado. Luego, existe la dependencia sana cuando el enamorado no se pregunta si está o no pegado al otro. Vive la dependencia y está feliz de vivirla. Sin duda, la persona que ama verdaderamente no tiene miedo de amar ni ser traicionado, inclusive si, a veces, siente estremecer dentro suyo la amenaza de ser abandonado.

Como ejemplo de una dependencia sana, pienso en el doloroso caso de Marcos, quien acaba de perder trágicamente a Valeria, la mujer de su vida. Marcos siente su pérdida como si le arrancasen una parte de él mismo. Vivir la pérdida como un desgarró tan profundo prueba a posteriori cuánto Marcos amaba a Valeria y, sobre todo, cuánto dependía de ella. Como si Marcos nos confiase: *es ahora solamente, al sentir esta horrible sensación de soledad, que me doy cuenta hasta qué punto Valeria era vital para mí, y hasta qué punto me sentía vital para ella. Al perderla, perdí mi imagen, la imagen de mí mismo que Valeria me devolvía. Y más aún, al perderla, perdí una*

ilusión, la magnífica ilusión de ser feliz gracias a ella. En verdad, no sé lo que me ha atraído de ella para encariñarme tanto, ni lo que he perdido con ella para llorar tanto.

Cuando un hombre habla así de su amada desaparecida, podemos estar seguros que, mientras estaban juntos, él no sufría de ninguna dependencia.

*

Concluamos. Cuando deseo sexualmente a mi amado, cuando lo admiro y no deja de sorprenderme, cuando nos peleamos y enseguida nos reconciliamos, cuando me siento culpable por haberle hecho daño, cuando cuido de él o tengo miedo de perderle, cuando me siento feliz de ser yo mismo a su lado, y sobre todo,

cuando todos estos sentimientos conjugados me llevan hacia él, me digo sin dudarle un instante que estoy profundamente enamorado.

– Paris, mayo 2018 –
nasio@orange.fr

*Amamos únicamente
aquello que creamos*

J.-D. N.